

Esta es la versión del capítulo entregada para su revisión editorial, y la difundo únicamente para su uso docente y académico. Ruego que sea citada remitiendo a la publicación definitiva:

Pérez Díaz, Julio (2016). “*El temor al envejecimiento demográfico*” en Joan Subirats Humet et. al. (2016) *Edades en transición. Envejecer en el siglo XXI*. Barcelona, Ed. Ariel (pp. 44-54)

El temor al envejecimiento demográfico

Julio Pérez Díaz

"...ya no volveremos a encontrar la distribución por edad de los días de antaño: la población tendrá un aspecto muy distinto, con un gran número de ancianos y unos efectivos de jóvenes relativamente reducidos [...]. Y, si es exacto que las nuevas ideas germinan en los jóvenes cerebros, entonces esta diferencia en la distribución de las edades podrá ser asimilada a una seria pérdida para la futura población."

H. Westergaard: “The Horoscope of the Population in the xxth Century”
(informe presentado a una sesión del Instituto Internacional de Estadística, Copenhague, 1907)

La evolución de la población ha sido motivo de alarmas desde tiempo inmemorial especialmente para los gobernantes. Recaudar, reclutar ejércitos, colonizar nuevas tierras... Junto al territorio, siempre fue un instrumento de poder, aunque se careciera de una contabilidad y una metodología analítica adecuadas para prever su futuro. La Demografía sólo se consolidó como disciplina a finales del siglo XIX, con los sistemas estadísticos nacionales propios del Estado Moderno.

Con fuentes y métodos actuales, y un tipo de Estado que ha trasladado progresivamente a la población desde la categoría de instrumento hasta la de sujeto beneficiario de las políticas, cabría esperar que los miedos demográficos ancestrales se hayan disipado. No es así.

Ahora con fundamentos científicos sólidos, la voluntad de controlar y planificar la población se ha extendido del tamaño a la composición, el estado de salud, la distribución territorial, el reparto de roles productivos y reproductivos, las condiciones para formar pareja, hasta un auténtico paroxismo (eugenismo en la Alemania nazi, frenazo a la inmigración en el EEUU de los años veinte, natalismo en la Francia de posguerra o la Rumanía de Ceaucescu, o freno a la fecundidad en buena parte de Asia, con casos como el de la India o el de China en los años setenta). El tópico de que el Estado moderno sirve a su población, y no al revés, ha quedado mil veces desmentido a lo largo del siglo XX.

La planificación, desmentida por la evolución demográfica

La mayor paradoja es que ese gran banco de pruebas para las políticas demográficas arroja una conclusión clara: ningún Estado ha controlado jamás sus tendencias macrodemográficas, por extremas, costosas y planificadas que sean las medidas aplicadas. Todos los países del mundo han evolucionado de forma similar en una dirección imprevista, no planificada, alejándola radicalmente de la dinámica que caracterizó todo el pasado humano anterior al siglo XIX.

El cambio consiste en un salto cualitativo sin precedentes en la eficiencia reproductiva, conseguido mejorando drásticamente los cuidados, recursos, atenciones, educación, higiene, afecto, alimentación (y un etcétera muy largo) con los que se dota cada nueva vida traída al mundo. Y produce una serie de fenómenos encadenados:

Primero, reducir la frecuencia de las grandes crisis por hambre, guerras o epidemias y, sobre todo, poner fin al lastre ancestral de la sobremortalidad infantil (que siempre había superado el 200%).

Después, puesto que las vidas así conservadas tienen efectos durante toda su duración a lo largo de las siguientes décadas, se produce la llegada masiva a las edades fecundas, por primera vez, de la mayor parte de los nacidos. Este es un fenómeno irrepetible que ha hecho que la eficiencia con que nos reproducimos experimente una auténtica “revolución”, al superar un umbral cualitativo radical (la mortalidad de los humanos entre el nacimiento y los 15 años había rondado siempre el 50%, y era el auténtico motivo de las elevadísimas fecundidades del pasado).

Esto, a su vez, ha provocado un crecimiento acelerado (la humanidad ha crecido en un sólo siglo cinco veces más que en todo su pasado anterior como especie), a la vez que la fecundidad quedaba liberada la perentoriedad reproductiva. El aumento de la esperanza de vida y el boom demográfico han ocurrido, sorprendentemente, a la vez que la fecundidad descendía de forma sostenida y hasta mínimos nunca vistos.

La cadena continúa y se ramifica: la mayor eficiencia reproductiva ha hecho posible, por ejemplo, la liberación de la mujer de los roles tradicionales. Su sometimiento a “los intereses de la comunidad” (al patriarca o la autoridad política, religiosa, militar o económica) había sido una formidable herramienta de poder en un mundo de reproducción demográfica sumamente precaria. También ha modificado irreversiblemente la vivencia de la sexualidad en sus dimensiones pública y privada, ha liberado lo individual frente a las exigencias de lo colectivo (de forma muy visible en el ámbito familiar), o ha alterado dramáticamente la significación de las distintas edades y etapas del ciclo vital. En realidad, enumerar la serie de cambios desencadenados por esta “revolución reproductiva” sería interminable, pero debemos tener claro que uno de ellos es el cambio de la pirámide, el llamado “envejecimiento demográfico”.

Desgraciadamente los demógrafos, absortos siempre en el cálculo y la descripción, hemos sido incapaces hasta hoy de dibujar y transmitir un cuadro teórico general y explicativo sobre el cambio histórico experimentado por nuestra materia de estudio, y el resto de ciencias sociales apenas ha prestado atención a su impacto (no se encontrará ningún manual de teoría sociológica que le dedique un solo capítulo al cambio demográfico como motor de cambios sociales). El problema no es sólo académico; faltando una explicación adecuada, todos los componentes de este cambio, calificable

sin duda como progreso, pueden ser vistos con miedo por quienes, nostálgicos del pasado, los interpretan como signos de pérdida, decadencia o degeneración. La familia, la pareja, la infancia, la masculinidad, la sexualidad, la autoridad paterna... nunca volverán a ser lo que fueron.

Los poderes fácticos del mundo entero llevan más de un siglo alimentando y amplificando el miedo al creciente peso de la vejez en las pirámides poblacionales modernas. Aunque ésta es sólo una de las expresiones de la revolución reproductiva, en las escuelas se enseña que la pirámide tradicional corresponde a las “poblaciones expansivas”, mientras que la pirámide actual cae en la categoría de “poblaciones recesivas”. Es un error analítico fácilmente rebatible (nada más recesivo que la pirámide humana tradicional, resultado de una supervivencia precaria, una mortalidad infantil brutal y una fecundidad consecuentemente elevadísima sin más resultado que evitar la extinción), pero son tantas las vías por las que entra la inundación alarmista que resulta imposible taponar todos los agujeros.

Este capítulo pretende introducir una mínima duda acerca de un tópico muy antiguo y consolidado. Es tan “evidente” que el peso creciente de los mayores supone un grave problema colectivo, que su simple cuestionamiento parece ya una frivolidad irresponsable. Lo urgente y responsable es buscar cómo frenarlo y cómo paliar sus efectos negativos, que nadie debería cuestionar.

Los motivos de la alarma.

Cómo negar que resulte preocupante la pérdida de vitalidad colectiva, la falta de juventud depositaria de la creatividad y del impulso emprendedor, la amenaza de extinción y decadencia bien ilustrada por nuestros propios pueblos semiabandonados, el peso asfixiante de la carga económica de las pensiones (para la competitividad empresarial y nacional, para la sostenibilidad del Estado del bienestar, para los jóvenes empleados que las costean con sus cotizaciones), el sobreesfuerzo colectivo por mantener con vida a tantas personas al borde de la muerte y para permitirles hacer una vida mínimamente digna cuando la cronicidad y la discapacidad les alcanzan.

Cómo no alarmarse ante la rotundidad de las tendencias; el envejecimiento poblacional no va a detenerse, sino todo lo contrario. En las próximas décadas, cuando vayan cumpliendo 65 años las generaciones nacidas durante el baby-boom, la vejez acabará suponiendo casi un tercio de la población. Aún peor, si la primera oleada de envejecimiento colectivo se alimentó de la supervivencia hasta la primera vejez, la actual se traduce ya en un “sobreenvejecimiento” rapidísimo, a medida que también el peso de los más longevos se dispara. Nada menos que la mitad de quienes nacieron en los años sesenta sobrevivirá hasta cumplir los 90 años. Podemos “suponer”, es fácil, cómo impactará esta evolución sobre la economía, la sociedad y la política futuras.

Sin embargo, y puesto que se trata de una evolución con más de un siglo de duración, tiene sentido apelar a los datos ya conocidos y preguntarse ¿Cuáles han sido las consecuencias observadas hasta ahora? También cabe comparar los datos internacionales: ¿a qué regiones o países les van mejor las cosas, a los todavía jóvenes o a los envejecidos?

Y aquí empiezan las sorpresas. Durante el último siglo, a medida que iba creciendo la proporción de mayores, los ámbitos colectivos donde “el sentido común” dice que

deberían haber impactado negativamente (creatividad, innovación, actividad económica, salud, conocimiento, riqueza, bienestar social, solidaridad intergeneracional) no han hecho más que mejorar. De la misma manera, la comparación internacional confirma abrumadoramente que los países más ricos y avanzados son los más envejecidos. Las alarmas, pues, no cuentan con ninguna confirmación histórica o comparativa. La realidad no confirma lo que “suponemos”.

No vale apelar al envejecimiento rural, causado por la emigración masiva de los jóvenes de pequeñas poblaciones económicamente estancadas. Ese problema no es moderno, se ha dado en cualquier época, y sería un error confundirlo con el envejecimiento que produce la modernización de la dinámica reproductiva de la humanidad entera, que nada tiene que ver la emigración a otros planetas.

Las alarmas requieren, por tanto, un supuesto más; el desastre demográfico se ha visto atenuado o contrarrestado por las mejoras en otros ámbitos. Las catástrofes tanto tiempo previstas llegarán cuando la demografía “desborde” al resto de factores. Se puede seguir aumentando el esfuerzo por compensar los impactos negativos, pero también cabe renunciar definitivamente ante lo inevitable, y “recortar” ya, antes de que la riada arrastre también a la economía, la sanidad o el mismísimo Estado del Bienestar.

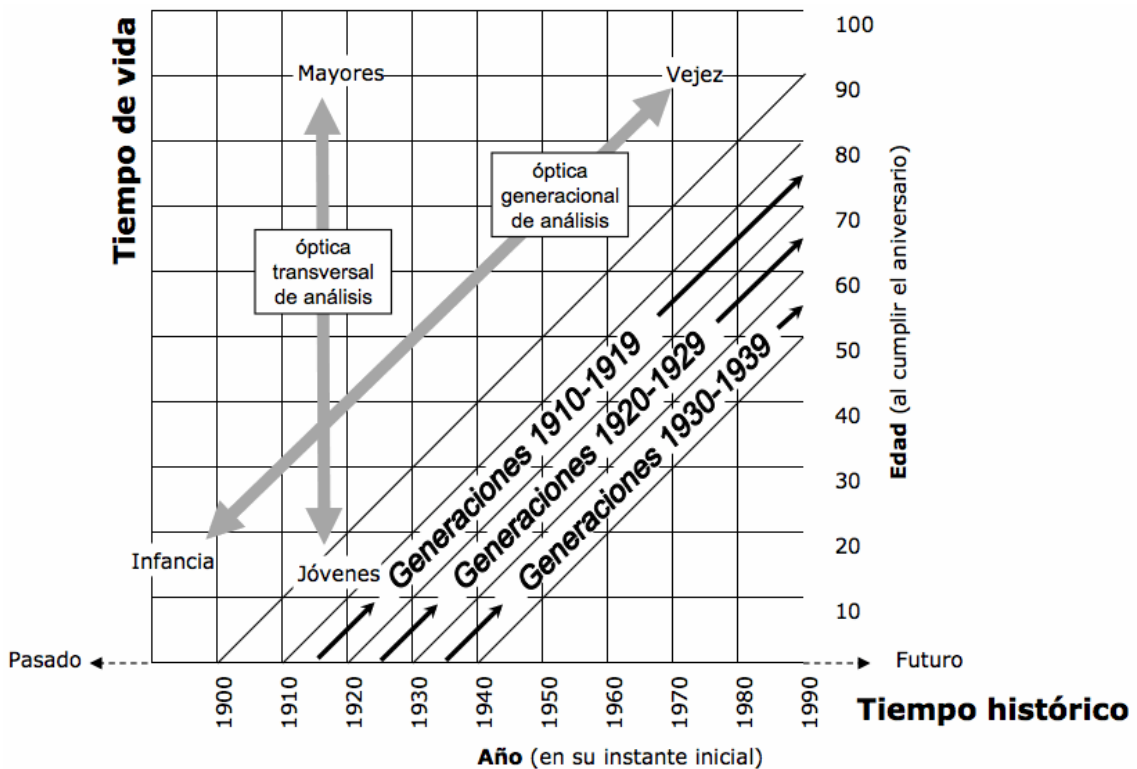
Pero esa no es la única manera de explicar que el desastre no se haya producido hasta ahora. Hay otra que encaja mucho mejor con la evolución observada hasta ahora, por más que suene extraña e inaudita: cabe pensar que la propia evolución demográfica ha contribuido al progreso, que las mejoras en la esperanza de vida conllevan biografías más productivas y mejor dotadas, que la menor fecundidad es parte de una mejora reproductiva en la que se han sustituido la combinación –descendencias numerosas/poca duración de las vidas– por otra mucho más eficiente –descendencias reducidas/vidas completas–.

Entonces el envejecimiento demográfico no resulta de un error colectivo causado por el egoísmo, el hedonismo, el individualismo de quienes quieren vivir más y mejor, rechazan tener grandes familias, no quieren vivir toda su vida al servicio de intereses ajenos. Por el contrario, es el resultado de una intensificación en el cuidado y recursos dedicados a las personas. Aún más, los propios motivos del cambio demográfico permiten entonces afirmar que la desaparición de las pirámides tradicionales no es una desgracia, sino un avance notable, y que el futuro de las sociedades que se adentran en este nuevo estadio, donde la vejez representa un peso notable en las pirámides, es sumamente esperanzador.

Motivos para prever otro futuro

La clave técnica de una afirmación tan osada es estrictamente demográfica y puede encontrarse en cualquier manual. Consiste en el análisis longitudinal de los datos por edades (análisis generacional), frente al análisis transversal de los mismos datos (análisis de momento). Las edades observadas en un cierto momento dibujan una pirámide, pero las edades de una misma cohorte de nacimientos dibujan una generación, y son las generaciones las que explican el cambio demográfico.

Ubicación de los datos demográficos en la doble matriz temporal -duración histórica/duración humana-



Elaboración propia

El empeño en ver las edades siempre y únicamente como grupos de personas distintas, y no como etapas de la vida, provoca conclusiones erróneas. Las convierte en “grupos” con intereses propios, enfrentados entre sí. Buen ejemplo es la propagación en los años 80, desde la sociología estadounidense, de la idea de que el creciente peso de los mayores iba a provocar un “conflicto intergeneracional” (entre edades, en realidad) si no se reducía el gasto público en vejez. Recursos escasos, como los de la sanidad o la protección social, serían progresivamente acaparados por ese grupo de personas, de peso e influencia política y electoral creciente. La perspectiva es otra si se entiende que las mejoras en las condiciones y prestaciones a la vejez se destinan a esa etapa de la vida para todas las personas, también las que todavía no han llegado. La accesibilidad en los edificios o la eliminación de bordillos en los pasos peatonales urbanos no son sólo para los mayores actuales.

La óptica generacional devuelve la causalidad de los acontecimientos previos en la vida respecto al estadio actual alcanzado por cada persona o grupo de personas de la misma edad. Que haya pocos lectores entre nuestros mayores actuales no se debe a su edad, sino a su generación, poco alfabetizada o de corta escolarización. De la misma manera, los jóvenes actuales prefiguran una generación con una vejez futura muy diferente (los veinteañeros actuales tienen una estatura media diez centímetros superior a la que tienen los actuales sexagenarios; dentro de cuarenta años, cuando su generación cumpla los 60 años, harán crecer en esa misma magnitud la estatura media de esa edad).

El mayor problema con la supremacía de la óptica transversal es que borra el pasado de las personas, los motivos por los que hoy son como son, los cambios que las sociedades han experimentado previamente para llegar a tener las pirámides de población actuales.

Quien asume que una pirámide puede cambiar sin que haya ningún otro cambio alrededor (el supuesto principal, recuérdese, de las proyecciones demográficas) está cayendo en un espejismo. Es falso que cada edad sea como es, y que ya conozcamos sus características y comportamientos, que no cambian cuando cambia su porcentaje respecto al total. Más aún, se da por supuesto que no hay ninguna relación entre las pirámides de población y las vidas de las personas que las integran, garantía de que el análisis de las consecuencias del envejecimiento demográfico va a ser erróneo.

Por una parte, el tipo de pirámide afecta a la vida de las personas de todas las edades. No es indiferente para el futuro de un niño nacer en una población con adultos escasos y de poca esperanza de vida, o hacerlo en una en que los adultos son abundantes y duran muchos años. Que haya menos proporción de niños y más de personas adultas y mayores nos está cambiando la vida a todos.

Por otra parte, si la pirámide ha cambiado ha sido porque previamente lo ha hecho la dinámica poblacional, lo cual, en demografía (y salvando el impacto de las migraciones en las poblaciones pequeñas), engloba todos los comportamientos que rodean la reproducción, empezando por la propia duración de las vidas (la reproducción, debe tenerse presente, no se limita a la fecundidad). Lo positivo de ese cambio resulta fácil de argumentar:

Por qué ha sido positivo el proceso que ha traído esta pirámide de población.

Conviene insistir: el primer motor del cambio de la pirámide ha sido la mejora de la supervivencia de los que nacen. Hace poco más de un siglo la mitad moría antes de los quince años, así que la vida media era escasa (ese indicador, la “esperanza de vida”, no alcanzaba los 35 años en la España de 1900).

Contra las frecuentes idealizaciones del pasado, propias del miedo al cambio y del conservadurismo de quienes más tienen, lo cierto es que la vida del común era precaria y dura. Sobrevivir y reproducirse era la tarea principal de las personas, y en ello la satisfacción emocional jugaba un papel escaso. A la gran mortalidad infantil debe añadirse el alto riesgo de muerte en el parto para las madres, multiplicado por la gran cantidad de embarazos necesarios para mantener simplemente la población (la elevada fecundidad del pasado no era opcional, no se traducía en grandes crecimientos poblacionales, y no resultaba de opciones morales o de valores distintos a los actuales; la alternativa era la extinción).

También la vida en pareja era precaria y de corta duración por culpa de la mortalidad. A finales del siglo XIX lo común era que los hijos alcanzasen edades adultas siendo previamente huérfanos de alguno de sus progenitores. Hasta prácticamente la segunda mitad del siglo XX no se generalizó que ambos miembros de la pareja sobreviviese para llegar juntos a la vejez (España era un país de viudas hasta hace pocas décadas).

La presencia de los abuelos en la vida de los niños era residual, desmintiendo tópicos e idealizaciones sobre la familia tradicional. Recuérdese que, si los niños eran un tercio de la pirámide, sólo una de cada 25 personas tenía 65 o más años en la España de 1900. En estas condiciones la vida de los niños valía poco, era poco lo que se podía invertir ellos, y la escasa inversión realizada se recuperaba cuanto antes, haciéndoles trabajar muy pronto dentro y fuera de casa. La alta probabilidad de muerte de las madres y los padres hacía también difícilmente sostenible el hogar nuclear, limitado a parejas con hijos, tan

característico de las sociedades industriales posteriores. Lo común eran los hogares extensos, con las funciones productivas y reproductivas repartidas entre muchas más personas, en previsión de la eventual muerte de los adultos.

Superar una dinámica poblacional como ésta, asociada a la pirámide “clásica”, sólo empezó a conseguirse, como ya se ha dicho, mejorando progresivamente la supervivencia infantil. Este logro suele atribuirse exclusivamente a los avances médicos, las vacunas, los antibióticos, pero lo cierto es que fueron las familias, especialmente las madres, las que cargaron con el peso principal, intensificando enormemente los cuidados y atenciones, pero también reduciendo el tamaño de las descendencias.

El análisis generacional nos desvela que estas mejoras fueron automultiplicativas. A medida que cada generación recibía en sus primeros años más atenciones, más recursos, más educación, más salud, una mayor proporción de su efectivo inicial alcanzaba las edades adultas y la posibilidad de tener hijos, y todo ello en mejores condiciones que sus predecesoras. Se reiniciaba así el círculo, pero la siguiente cohorte de nacimientos partía con ventaja respecto a la anterior. Esta vez nacía de unos padres pertenecientes a una generación menos castigada por la mortalidad, que sobrevivía en mayor proporción hasta las edades fecundas y, por lo tanto, repartía más el “trabajo reproductivo” y podía tener descendencias menores que, además, estaba en condiciones de cuidar mejor, dotar de más años de estudios, más años de infancia... Cuando esta nueva generación llegaba a adulta el ciclo se reiniciaba en un bucle virtuoso por el que cada generación impulsaba a la siguiente un poco más allá.

Este ha sido el mecanismo sociodemográfico que ha elevado a las poblaciones humanas a un nuevo estadio de eficiencia reproductiva y a una pirámide de población diferente. En un periodo histórico brevísimo y muy reciente, hemos cambiado las grandes descendencias pero de corta vida, por descendencias reducidas pero de una duración tres veces mayor. Lejos de provocar la escasez poblacional, esto ha disparado los ritmos de crecimiento como nunca antes en la historia humana. Esta es la dinámica que explica el envejecimiento demográfico, y no puede calificarse más que como “progreso”.

Qué tiene de bueno que haya tantas personas mayores

Aunque se acepte que el proceso que nos ha traído el envejecimiento demográfico no es perverso, seguirá habiendo quien sostenga que todo funcionaría mejor si hubiese menos personas mayores, porque son una carga para el resto de edades.

Si se acepta esta afirmación, sólo quedan dos soluciones: eliminar viejos y discapacitados, como hizo el régimen nazi, o fomentar más juventud, por la vía natalista o incentivando la inmigración de jóvenes. Ya se ha argumentado que ésta es una concepción errónea de las poblaciones, estática, no evolutiva, donde las edades no tienen pasado y suponen clases de personas, no etapas de la vida. Pero no es necesario, porque incluso la premisa principal, que “las cosas irían mejor sin tantas personas mayores”, es falsa.

En primer lugar, en estrictos términos demográficos, mantener la pirámide del pasado a la vez que se mejora le esperanza de vida (recuérdese que no ha dejado de hacerlo desde

hace más de un siglo) provocaría ritmos de crecimiento explosivos que degradarían enormemente no sólo los recursos disponibles, sino nuestras condiciones de vida en general.

Pero el principal error está en suponer que la vejez es una carga social. En esa convicción se unen la concepción estática de las edades (como si fuesen entidades inmutables y ya conocidas que las personas van atravesando sin cambiarlas), y una realidad histórica: en el pasado los mayores han sido una parte de la población muy vulnerable y necesitada.

En efecto, los ciclos de vida típicos del pasado no sólo eliminaban a la mayoría de las personas antes de su vejez; los escasos supervivientes la alcanzaban, además, en pésimas condiciones. Cuando en España se hicieron los primeros estudios sociológicos sobre la vejez, allá por los años setenta y ochenta del siglo XX, los impulsores fueron organizaciones benéficas como Caritas o Cruz Roja, y los resultados confirmaron un cuadro triste. La vejez mayoritaria se caracterizaba por la mala salud, la pobreza, la escasez de estudios y cultura, la soledad (especialmente en forma de mujeres viudas), el aislamiento en zonas rurales o el desarraigo y la desconexión del entorno en las urbanas, la movilidad reducida, la casi nula participación social.

Suponer que esas características corresponden a la vejez “per se” es un error en el que se sustentan la mayoría de las alarmas demográficas. Lo cierto es que ese dibujo corresponde a un momento muy particular, encarnado por unas generaciones muy concretas y damnificadas por su historia anterior. Quienes nacieron en el primer cuarto del siglo XX en España, vivieron su juventud durante la guerra civil, su vida adulta en la posguerra, y la madurez en los años cincuenta y sesenta. Al llegar a la vejez arrastraban un amplio bagaje de desastres materiales y humanos: múltiples crisis de sistemas políticos y de gobierno, el hundimiento del sistema económico basado en el sector primario, al ocaso del mundo rural y la masiva emigración a las ciudades, la pérdida de valor de sus conocimientos, su patrimonio o su forma de ganarse la vida. Llegaron, además, sin colchón económico o social, sin pensiones contributivas. Buena parte de su trabajo no fue asalariado, la mayoría eran mujeres viudas, el Estado del Bienestar estaba apenas desarrollado, y el mundo era de los jóvenes.

En cambio la nueva vejez actual recoge toda una vida de mejoras generacionales muy sustanciales, empezando por la simple supervivencia, y en las próximas décadas este proceso se acentuará aún más hasta hacer común vidas de más de noventa años. Pero previamente largas vidas de trabajo y de cotización han contribuido a la prosperidad económica del país, y a que hoy se alcance la vejez en una situación muy distinta a la de hace escasas décadas. La extensión generacional de las vidas completas (no interrumpidas o arruinadas por guerras, hambrunas o grandes epidemias), de una infancia no interrumpida prematuramente por el trabajo precoz, escolarizada, incluso con estudios medios (también para las mujeres), la posibilidad de tener pocos hijos y dotarlos bien, la de tener un patrimonio propio (una amplia mayoría son propietarios de su vivienda al cumplir los 65), la de envejecer con la pareja en vez de enviudar pronto... todo apunta a una nueva vejez no sólo abundante, sino revolucionaria en sus capacidades de apoyar a sus ascendientes y descendientes, a sus propias parejas y coetáneos, a las sociedades de las que forman parte.

Mucho se habla del coste de las pensiones (en su mayor parte salario diferido ganado trabajando, no debe olvidarse), pero pocos analistas económicos nos explican que los

mayores fondos privados para invertir a largo plazo y en sectores emergentes de alto riesgo, se han creado y se engrosan gracias al cambio en la pirámide de población y al capital de quienes hoy envejecen (por no hablar de su contribución a aplacar los efectos de la crisis de empleo ayudando a los jóvenes de la familia). Pero también en el sistema público las cotizaciones laborales generaron siempre superávit a medida que las nuevas generaciones extendían su supervivencia y mejoraban sus características, y ese excedente de caja, hasta los pactos de Toledo, nunca se almacenó para los futuros pensionistas, sino que se empleó en mejorar el propio Estado, sus servicios y sus infraestructuras. Poco se habla de la ventaja que supone para cualquier país que en su economía el consumo se encuentre diversificado en vez de concentrarse en hogares de personas adultas con niños (desde el sector del turismo, tan importante en España, o desde el del transporte, podrían ponderarse mucho las ventajas de una pirámide como la actual). Se acepta que el gasto sanitario se ha disparado por culpa de la vejez (es falso, el cambio de la pirámide apenas explica el 6% de su crecimiento) pero es raro el reconocimiento del impulso que ha supuesto a la mejora sanitaria, al avance en la investigación (pero también en el negocio) en medicina y en farmacología, al aumento del empleo en servicios.

Ningún Estado contemporáneo ha dado con la fórmula para obligar a sus ciudadanos a revertir las tendencias demográficas modernizadoras. La supervivencia y buena crianza de quienes nacen sigue siendo cada día más importante para quienes les traen al mundo, y el empeño en dotarles de una vida completa es un esfuerzo privado y colectivo que cada día cuenta con más recursos y esfuerzos. Esto es lo que ha revolucionado literalmente las poblaciones humanas, empezando por la duración de la vida, siguiendo por la relajación de las altísimas fecundidades del pasado, y extendiéndose por tanto a la forma de la pirámide poblacional y a la significación de todas las etapas de la vida. Y esa revolución no ha terminado, sino que impulsa la mayor de las transformaciones sociales del mundo contemporáneo: la que experimenta la vejez recogiendo todas las mejoras vividas anteriormente, desde la infancia.

No son la elevada esperanza de vida, la baja fecundidad o la nueva pirámide de población los que deben provocar sensación de peligro; es el miedo al cambio demográfico lo que resulta erróneo y peligroso. Las sucesivas generaciones de personas mayores están cambiando el mundo para bien, desde que nacieron, y lo harán todavía más en las próximas décadas. A las sociedades contemporáneas les urge apoyar y aprovechar estas novedades, en vez intentar revertirlas.